



Revista de Orientación y Cultura, dirigida por los PP. Jesuitas de C. A.

Año XV

San Salvador, C. A., Marzo de 1960.

Número
146

ORIENTACION

Buscando la Unidad

Es patente en el mundo actual el movimiento hacia la unión en todos los campos. En el político lo muestra la ONU, la OEA, la ODECA, las Repúblicas Socialistas Soviéticas, el Commonwell, la Unión Francesa, el Congreso Europeo, la RAU y el Panarabismo, los intentos del mundo iberoamericano; en el comercial funciona el Mercado Común Europeo, la Organización Europea de Cooperación Económica (O.E.C.E.) y los planes de integración económica iberoamericana; en la religiosa se trabaja por la unión de las sectas protestantes y cada día es más viva en la Iglesia la amorosa solicitud de que vuelvan a su regazo materno los que en mal hora se apartaron un día de ella.

Simultáneamente a estos movimientos de visibilidad universal existen otros quizá más eficaces por menos aparentes. Nos referimos a las Uniones internacionales de todo género en ideología y profesiones, para las que tan fecundos se han mostrado las comunistas de todos los tiempos y los de los nuestros en particular.

Sin embargo, el ánimo queda perplejo sobre el resultado final de esta confluencia de fuerzas e intereses unificados si no entran en un cauce común de mutuo entendimiento, a base de unas ideas aceptadas unánimemente por corresponder a la realidad de las cosas y estar sancionadas por una autoridad universal que garantice el orden objetivo de las mismas.

Partiendo de la radical insuficiencia individual, han sido factores de unión las necesidades perentorias o convenientes que satisfacer, sobre las que luego la ambición y en contraposición el miedo han construido muchas veces desde

muy antiguo, grandes unidades políticas que se llamaron imperios. A la unificación territorial siguió la cultura de los conocimientos, las costumbres y el Derecho y sobre ella, a modo de terreno preparado, vino a florecer la idea de la Humanidad unida en un reinado de paz universal para la adquisición de la felicidad en cada uno de sus miembros. En el Extremo Oriente Confucio, 500 años antes de Jesucristo, habla ya de una Asociación internacional como la expresión perfecta del Derecho de Gentes. Todos los Estados que la integran enviarían delegados escogidos entre los ciudadanos más virtuosos y capacitados. El fin de la Gran Unión consistiría primeramente, en aplicar la buena fe internacional y en hacer reinar la concordia entre los estados. La Gran Unión procedería de modo que los recursos no quedaran sepultados en el suelo y que su explotación no se realizara en beneficio exclusivo del Estado propietario sino en provecho de todo el mundo. La Gran Unión habría de hacer que la fuerza (en su caso la mano de obra) no aproveche al Estado privilegiado por la naturaleza (gracias a su abundante población). La Gran Unión trataría que la noción de beneficencia se ampliase y que no se aplicase solamente a los nacionales, a los que todo Estado se inclina a amar con exclusivismo, sino a todos los individuos sin distinción. Se procurará que todo hombre tenga todo lo que necesite y pueda vivir sin miseria, lo mismo todo anciano hasta el fin de sus días, todo adulto para trabajar y todo niño para desarrollarse. (Li-Ki, c. 7, art. 1s; L. LeFur et G. Chklaver. Recueil des Textes de Droit International Public, París 1934, 2 s.)

La voz de la razón en su nativa rectitud habla por el gran moralista chino preludiando la paz internacional, el destino universal de las materias primas y bienestar general de toda la humanidad, el seguro universal y la ayuda a las naciones subdesarrolladas. Pero no olvidemos que los hombres destinados a la formación de la planeada asociación internacional se habrían de escoger entre los ciudadanos más virtuosos y capacitados.

En Occidente, un gran poeta cantaba los tiempos de Augusto como los dichosos en que se hubiese verificado la unidad mundial en un reinado de justicia y de paz bajo la égida de la Roma eterna.

Y entre Oriente y Occidente en gran parte ignorados mutuamente, existía un pueblo singular formado bajo la inmediata conducción de la Divinidad, en tiempos que, dados los conocimientos actuales, se encuadran perfectamente en la historia y cuyo Dios entre todos los de los demás pueblos se presenta el único verdadero, Creador y por lo tanto Señor de cuanto existe, decidido a establecer un imperio universal para felicidad de todos los hombres, pero de características especialísimas y exclusivas suyas. Sería compatible con todas las divisiones políticas existentes, bajo todas las formas de gobierno posibles, dejando libre paso al dinamismo humano para su formación. De carácter radicalmente espiritual, la única arma disponible para su formación sería la predicación de la Verdad, pero de una necesidad y eficacia tales que ningún otro gobierno podría establecer ni asegurar el verdadero bien de sus súbditos prescindiendo de ella. Porque esta verdad poseería el secreto de forjar al hombre integralmente "bueno", condición esencial para su felicidad, bajo una sola ley, la del "amor a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a sí mismo" a la que se reducirían todas las demás.

Unidos todos los hombres por la Verdad y el Amor entre sí y con Dios, no podría menos de traducirse esta unión en el orden social, comercial o político, siempre que exigiesen las circunstancias, al mismo tiempo que quedarían eli-

minadas las causas principales de división, el egoísmo, el espíritu de secta, la maldad y la insinceridad, que tanta parte tienen por desgracia para fomentar ciertas uniones y deshacer otras.

Dios ha dado a los hombres la razón y la luz sobrenatural de la fe para conocer la Verdad, y llevado de su inmensa caridad y compasión hacia el género humano "se hizo carne y habitó entre nosotros" para "iluminar, viniendo a este mundo, a todo hombre" y conducirnos a todos, no sólo a la plenitud de la verdad, sino también a la virtud y eterna bienaventuranza. Más aún: Quiso perpetuarse en su Iglesia dotándola del carisma de la inenarrancia y de la indefectibilidad para que su verdad y su gloria continuaran sin mengua, ni mancha iluminando y sosteniendo a los hombres en el camino del bien hasta el fin de los siglos.

ENSEÑANZAS DE LA VERDAD EN FAVOR DE LA UNIDAD

Por la razón y la revelación, de una manera natural y sobrenatural, Dios nos da a conocer que todos los hombres formamos objetivamente una unidad, conforme a su plan divino, que a nosotros toca actuar subjetivamente. Todos tenemos el mismo origen y somos iguales por naturaleza; a todos se nos ha dado por morada el mismo planeta y se nos han señalado los mismos fines inmediatos de la vida; todos hemos sido redimidos por la sangre de Jesucristo y hemos sido elevados al mismo fin sobrenatural de nuestra eterna felicidad en el cielo; a todos se nos han concedido los mismos medios para alcanzar este fin y se nos ha preceptuado el mismo y suavísimo precepto unitivo de amar a Dios sobre todas las cosas y amarnos entre nosotros como a nosotros mismos y como Jesucristo nos ha amado. (Jo, 15, 12).

"En derecho y de hecho", afirma S. S. Pío XII" aunque el género humano por disposición del orden natural establecido por Dios, está dividido en grupos sociales, naciones o Estados, independientes los unos de los otros, sin embargo, en lo que respecta al modo de organizar y dirigir su vida interna, está ligado —por ley inmanente y natural— con mutuos vínculos morales y jurídicos en una gran comunidad, ordenada al bien de todos los pueblos y regulada por especiales leyes que protegen su unidad y promueven su prosperidad". Estas leyes reciben el nombre de Derecho de gentes.

"Por otra parte" —sigue diciendo el mismo Pío XII— separar el Derecho de gentes del áncora del derecho divino, para apoyarla en la voluntad autónoma de los Estados, es destronar este mismo derecho y despojarle de los títulos más nobles y más eficaces, abandonándolo al infausto dinamismo del interés privado y del egoísmo colectivo, preocupado únicamente de hacer valer sus propios derechos, desconociendo los ajenos". ("Summi Pontificatus", 20 oct. 1939, nn. 27, 28).

Si no se reconocen estas realidades que nos descubre la razón y la revelación, si se olvidan o no se tienen en cuenta, es imposible establecer una unidad mundial sobre bases duraderas e inmovibles. Así nos lo repiten los Papas incesantemente.

"Los que han conservado más o menos activo las huellas de Cristo, ellos no menos que los fieles y fervorosos cristianos, —nos dice Pío XII— deben ser los llamados a colaborar para establecer una nueva base de unidad de la familia humana". Y en espera confiada en la divina clemencia que el puente espiritual y cristiano ya existente de alguna manera entre ambas orillas de los dos blo-

ques en que se encuentra dividido el mundo en la actualidad, se haga más amplio y adquiriera una consistencia más eficaz, nos exhorta, en primer lugar a los cristianos, a que hagamos todo lo posible para acelerar la hora de su restablecimiento universal. Pero esta verdad que poseemos los cristianos no ha de quedar limitada sólo a nosotros como objeto de contemplación para sacar de ella un consuelo espiritual. Así no serviría a la causa de la paz; además tiene que ser una verdad vivida, comunicada, aplicada en todos los sectores de la vida, un talento que Dios pone en nuestras manos para que con nuestra actuación fructifique en obras del bien común. A todos cuantos se hallan en posesión de la verdad querría el Papa preguntar, antes de que lo haga el eterno Juez, si han hecho fructificar el talento, de modo que merezcan oír la invitación del Señor a entrar en el gozo de su paz. (Enc. sobre la Coexistencia, 24 Dic. 1954, nn. 17, 19).

LOS DESTRUCTORES E INCOMPETENTES CONSTRUCTORES DE LA UNIDAD

Una de las más consoladoras realidades que nos descubre la doctrina cristiana es la que formamos los cristianos un cuerpo con Jesucristo que es nuestra cabeza, de la que recibimos la vida sobrenatural de la fe y de la gracia divinas, y cuando el cristianismo es auténtico esta realidad se hace visible y tangible, como lo fue en los tiempos en los que la cristiandad, aun con todas sus fallas, equivalía a una verdadera Sociedad de naciones. Hay en la Iglesia un principio de solidaridad, solidaridad en el bien con Jesucristo por haber habido antes solidaridad en el Mal con Adán. (1)

Cuantos niegan el pecado original y la vida divina de la gracia reducen el cristianismo a un individualismo de la ética estoica por el que cada hombre es el principio y único artesano de su valor moral. Al influir esta concepción en la vida social y política nos hallamos a un paso del contractualismo individualista que es lo que va a hacer el protestantismo.

El protestantismo se separó primeramente de la cabeza visible de la Iglesia, el Papa, y elaboró luego una doctrina de la justificación que destruye la genuina noción solidaria del cristianismo o de la Iglesia como cuerpo vivificado realmente por la vida de la gracia procedente de su cabeza invisible, Jesucristo.

Para los protestantes la justificación es algo extrínseco al hombre natural o pecador, un manto que le cubre por defuera, algo sobrepuesto; el hombre queda siempre un individuo aislado, sin que la corriente vital de la gracia de Jesucristo lo vivifique internamente y lo incorpore a su cuerpo, el Cristo total que es su Iglesia.

De este modo el protestantismo vino a resquebrajar externa e internamente la cohesión espiritual de la Europa cristiana, que educada, ennoblecida y civilizada por la Cruz llegó a ser maestra de otros pueblos y de otros continentes. Y por eso mismo, siendo una "herejía" equivalente a elección particular, separación, "secta", fue y sigue siendo el elemento divisor más eficaz, por lo que es y por el espíritu que engendra, de la unión de los espíritus en una entidad religiosa. Bien lo saben quienes en nuestros pueblos echan mano de él para debilitar a la Iglesia y destruir, a ser posible, su influencia social.

(1) V. para los párrafos siguientes "Unidad, Teología y Política", por Francisco Murillo Ferrol, Revista de Estudios Políticos, Marzo-Abril, Madrid, 1959.

Al desarticularse de este modo la más alta realidad espiritual de la solidaridad humana, las consecuencias sociales y políticas van a ser graves, comenzando porque el mismo protestantismo se ha escindido en innumerables sectas. Enseguida comenzaron las guerras religiosas que asolaron a Alemania y Europa y terminaron con la paz de Westfalia en la que se inauguró la Europa nueva, es decir una Europa desvinculada del cristianismo genuino y de su centro la Roma papal, una Europa sin el alma que la había formado, reducida a una conglomeración de religiones y de Estados bajo el sistema inestable e inorgánico de la indiferencia religiosa y de un mero equilibrio de fuerzas, por una inversión de valores meramente utilitarios y temporales sobre los espirituales y eternos. Señalemos de paso que ni la Santa Sede ni España estuvieron presentes en Westfalia.

Pronto se echaron de ver las consecuencias de aquél nuevo modo de ser en el espíritu general que ha durado hasta nuestros días. La Iglesia quedó reducida a una burocracia administrativa de lo espiritual dejado al gusto de cada cual. Y todavía se le achaca su falta de fuerza social cuando los mismos críticos y acusadores son los primeros en oponerse siempre que pueden pública o solapadamente a su vitalidad expansiva e integradora de todas las esferas de la vida, bajo la capa de que no se oponen a Jesucristo ni a la Iglesia en sí mismos, sino al poderío y ansia de dominación del "clericalismo".

El mismo Marx en el Manifiesto comunista reconoce el cambio experimentado desde los tiempos que se acostumbra a describir saturados de cristianismo medieval; "Dondequiera que la burguesía ha conquistado el poder ha pisoteado las relaciones feudales, patriarcales e idílicas. Todos los vínculos complejos y variados que unían al hombre feudal a sus superiores naturales, los ha roto sin piedad, sin dejar subsistir otro lazo entre hombre y hombre que el frío interés, las duras exigencias del pago al contado. Ha ahogado los estremecimientos sagrados del éxtasis religioso, del entusiasmo caballeresco, de la sentimentalidad pequeño-burguesa en las aguas heladas del cálculo egoísta. Ha convertido la dignidad personal en un simple valor del cambio; ha cambiado las numerosas libertades, difícilmente conquistadas por la única e implacable del comercio. En una palabra, en el lugar de una explotación enmascarada por ilusiones religiosas y políticas, la burguesía ha colocado una explotación abierta, desvergonzada, directa y brutal".

Detengámonos unos momentos en la última frase. Marx y con él tantos otros de nuestros días reconocen "una alta utilidad práctica" que decía Comte al ambiente cristiano, pero aún reconociendo que la segunda explotación es mucho peor que la primera, se trata en ésta al fin y al cabo de "una explotación enmascarada por ilusiones religiosas y políticas". Nos basta, ahora, con que sean religiosas.

Pues aquí está el defecto que incapacita a Marx y a todos sus seguidores en esto, aunque se encuentren en el bando opuesto del anticomunismo, para que sean competentes constructores de una unidad universal que no sea una esclavitud universal. Niegan la verdad de la doctrina cristiana y las realidades espirituales; si no las niegan expresamente, lo hacen prácticamente con la duda, el escepticismo, la indiferencia religiosa; reducen de esa manera la solidaridad humana o solamente una frágil coexistencia bajo el signo del común interés material y temporal, y tratan de realizarla con fórmulas inadecuadas por faltarles el elemento de por sí inalterable que les dé unidad y consistencia interiores.

"Son muchos —dice Pio XII— los que se ofrecen a preparar la base de la humanidad humana. Pero debiendo ser esta base de naturaleza espiritual, no están ciertamente calificados para esta obra los escépticos ni los cínicos, que formados en un materialismo más o menos larvado, reducen a reacciones meramente físicas, aun las más augustas verdades y los valores espirituales más altos, o los consideran como meras ideologías. Tampoco son aptos para este fin quienes no admiten verdades absolutas ni aceptan obligaciones morales en el terreno de la vida social. Estos últimos a veces denigran la seguridad y la fuerza que el cristianismo saca de la posesión de la verdad absoluta y por el contrario difunden la persuasión de que es un honor del hombre moderno y mérito de su educación el no tener ideas o tendencias determinadas ni estar ligado a ningún mundo espiritual. Se olvida entre tanto que precisamente de estos principios se originaron las confusiones y los desórdenes actuales y no se quiere recordar que precisamente las fuerzas cristianas, a las que ellos combaten ahora, fueron las que lograron recuperar en muchos países la libertad por ellos disipada". Digalo si no —comentamos nosotros— el Portugal de Oliveira, la España de Franco, la Italia de De Gasperi y de Segni, la Alemania de Adenauer, la Francia de De Gaulle, para mencionar únicamente países europeos y de la época de la segunda postguerra mundial.

"Ciertamente, prosigue el mismo Papa, que no puede esperarse el que hombres de tal condición construyan el puente de la verdad o la base común espiritual; en cambio es de temer que llevados del oportunismo, no encuentren inconveniente en simpatizar con el falso sistema de la otra orilla, adaptándose a permanecer en él, aun siendo arrastrados, si llegase a triunfar momentáneamente". (Enc. sobre la Coexistencia, 24 Dic. 1954). También aquí la historia contemporánea nos ofrece casos de esta simpatía adaptadora que acabará por ser arrolladora si a tiempo no hay fuertes relaciones en contra.

Nuestro Santísimo Padre el Papa Juan XXIII, en su primera encíclica de 29 de Junio de 1959 pone el conocimiento de la verdad, adquirida por la razón y la doctrina cristiana, por raíz y fundamento de la unidad, la concordia y la paz, y presenta a la Iglesia de Jesucristo, como ejemplo de unidad por su doctrina, su gobierno y su culto; único reino de Dios en el que se ha de procurar reunir fraternalmente a todos los pueblos de la tierra. En la medida que esto se realice, podrán tener las demás uniones a su favor una de las más firmes garantías de consistencia y perpetuidad.

